



# MISSIÓ PERMANENT DEL PRINCIPAT D'ANDORRA A LES NACIONS UNIDES

70<sup>a</sup> sessió de la Assemblea General de les Nacions Unides

-Discurs del Jefe de Govern, Excmo. Sr. Antoni Martí Petit-

Nueva York, 2 de octubre de 2015

Señor Presidente,

Excelencias,

Señoras y señores,

Es para mí un honor representar a mi país, el Principado de Andorra, ante esta Asamblea, que este año celebra su septuagésimo aniversario.

A lo largo de estas siete décadas, hemos podido escuchar cómo los oradores que subían a esta tribuna hablaban, año tras año, de paz, de justicia social y, últimamente también, de desarrollo sostenible. Si se ha hablado durante tanto tiempo de esto, quizá es porque algo no acaba de ir bien. Algo no ha hecho bien la comunidad internacional para que no hayamos sido capaces de avanzar lo suficiente en la promoción de estos valores que forman parte de la filosofía y el carisma de la Organización de las Naciones Unidas.

Es cierto que, con las Naciones Unidas, la comunidad internacional ha hecho avances sin precedentes, pero reconocer que no todo se ha hecho bien y que queda mucho por mejorar es el primer paso para encarar los retos del presente y el futuro de un modo realista y efectivo.

A lo largo de estos setenta años, el mundo ha cambiado mucho. Hace siete décadas, la comunidad internacional se ponía de acuerdo para evitar que un tercer conflicto bélico a escala mundial devastara el futuro de la humanidad. Las grandes potencias podían haber optado por imponer su orden de forma unilateral, pero optaron por el consenso y la

concordia. Porque las soluciones conjuntas, equilibradas y justas son mucho más perdurables que aquellas que se imponen mediante la coerción o el uso unilateral del poder.

Lo decía el presidente Obama hace unos días ante esta asamblea: ningún país puede pretender solucionar los problemas del mundo de forma unilateral. Y ningún país puede pretender aislarse y pensar que los problemas que afectan al resto del mundo no le afectarán.

Un país del tamaño de Andorra entiende —quizá mejor que otros— el significado profundo de estas palabras.

A lo largo de estos últimos 70 años, Andorra también ha recorrido un camino desde el aislamiento hacia la apertura. Hace siete décadas, nuestro país apenas empezaba a superar su clausura secular. Durante siglos, Andorra se había visto reclusa entre montañas, aislada y protegida de su entorno. La construcción de carreteras que nos comunicaban con las regiones vecinas de Francia y España fue la vía para superar el aislamiento.

Gracias a esta apertura física, se desarrollaron en Andorra sectores como el turismo, el comercio y las finanzas. Unos sectores que dieron oportunidades a la población local y también a miles de personas de los países vecinos que buscaban en nuestra tierra nuevas oportunidades. Personas que han contribuido a enriquecer y a hacer grande el Principado de Andorra.

La historia de Andorra es la historia de la adaptación continuada a su entorno. La historia de un cambio permanente.

En las décadas de los 80 y los 90 del siglo pasado, mi país abordó la homologación de su sistema institucional. Eso también fue un cambio y una apertura.

A mi generación nos ha tocado la misión de abrir y homologar nuestro sistema económico. Hace tres años aprobamos una ley de apertura económica que ha eliminado las limitaciones a la inversión extranjera y ha dado la plenitud de derechos económicos a todos los extranjeros desde el primer día de residencia.

Paralelamente, Andorra ha apostado por la cooperación y la transparencia. Hemos aprobado un modelo fiscal homologable, hemos hecho —y seguiremos haciendo— avances en el intercambio de información fiscal y hemos empezado a construir una red de convenios de doble imposición.

El mundo cambia y Andorra tiene que cambiar con el mundo. Por eso hemos apostado por ser un país abierto, competitivo y transparente. Porque estamos convencidos de que incrementar los vínculos económicos entre los países también es una manera de sentar las bases de un mundo más cooperador, más justo y más pacífico.

Este es, precisamente, el espíritu que ha presidido la construcción europea durante los últimos 60 años. Andorra está negociando en estos momentos un acuerdo de asociación con la Unión Europea que fije unos horizontes estables y de prosperidad y oportunidades para nuestros ciudadanos. Y lo hacemos con el mismo espíritu de cooperación, sana competitividad y transparencia con que hemos hecho las reformas económicas de los últimos años.

Andorra necesita unos horizontes más amplios que los que marcan nuestras montañas. Y estos horizontes pasan también por la Unión Europea. Apostar por un mundo más interrelacionado, más abierto, con unos vínculos económicos, culturales y sociales más fuertes entre las naciones, es también hacer una apuesta por la paz y por la concordia.

Retomando el discurso del presidente Obama: los grandes retos de nuestro tiempo —también los retos económicos— deben abordarse conjuntamente.

Señor Presidente,

Señoras y señores,

Andorra entiende que, después de estos primeros 70 años, las Naciones Unidas también deben impulsar un proceso de reforma. Por eso nos hemos adherido a la Declaración política sobre la suspensión del derecho de veto en el seno del Consejo de Seguridad, en los casos de atrocidades en masa, una iniciativa que ha sido promovida por la República Francesa y por los Estados Unidos Mexicanos.

Es importante que Francia, como miembro permanente del Consejo de Seguridad, forme parte de esta iniciativa. Y deseo reconocer aquí, de un modo claro, la actitud de Francia, expresada el lunes pasado por el presidente Hollande. Francia podría enrocarse y volver a mantener el derecho de veto de las grandes potencias, pero entiende que este derecho debe modularse en determinadas circunstancias.

Porque las instituciones están para servir a los valores, y no al revés. Y las instituciones internacionales deben estar al servicio de las personas y de los valores universales de la paz, de la solidaridad y de la justicia.

En situaciones límite, en las que hay en juego la supervivencia de miles de personas, la comunidad internacional no puede quedarse bloqueada. Los equilibrios que dieron lugar al nacimiento de la Organización de las Naciones Unidas no pueden servir para justificar el bloqueo en situaciones extremas para la humanidad.

Los ciudadanos de esta gran ciudad global que es el mundo piden soluciones. Y las instituciones deben ser siempre parte de la solución, no parte del problema. Por eso hay que abordar esta reforma del Consejo de Seguridad. Hay que hacer avanzar a la Organización de las Naciones Unidas, adaptarla a los cambios de los tiempos, reformarla para mejorarla. Sin cambios radicales, pero de forma determinada y efectiva.

Y hay que hacerlo ahora, sin esperar que una nueva crisis humanitaria y un nuevo bloqueo vuelvan a poner en evidencia nuestras carencias y nuestras debilidades.

En situaciones extremas como la que se ha vivido en Siria durante los últimos años, la comunidad internacional tiene que ser capaz de dar respuestas efectivas y justas. Y, digámoslo claro: hasta ahora no hemos sido capaces de hacerlo.

Es esta imagen de frustración y de impotencia la que debemos evitar. Porque ante una masacre no hay términos medios: o se es parte del problema o se es parte de la solución. Y la comunidad internacional tiene que ser siempre parte de la solución.

Señoras y señores,

La consecuencia de no haber dado una respuesta a tiempo a la crisis de Siria queda patente cada día en las fronteras de Europa, donde miles de refugiados llegan huyendo de la masacre. No estamos ante un fenómeno migratorio motivado por cuestiones socioeconómicas. Lo que estamos viviendo es un éxodo de personas que huyen de la guerra y de la muerte. Son personas que no buscan una vida mejor, sino, simplemente, tener una vida. Y esto sí que apela de manera directa y contundente a la esencia misma de las Naciones Unidas.

Andorra es un país comprometido y sensible con la situación que se está viviendo en Siria. Por eso el gobierno que tengo el honor de encabezar ha decidido sumarse a la acogida de refugiados. Nuestro país desea ser fiel a su tradición de acogida y de integración. Y también quiere ser parte de la solución: una solución equilibrada, pactada en el marco europeo, porque, una vez más, los problemas globales reclaman soluciones globales. Y Andorra, desde su modestia, formará parte de esta solución global.

El grito desesperado de los refugiados —vengan de donde vengan— nos interpela a todos. Y es triste que los países desarrollados hayamos tardado más en reaccionar que aquellos más desfavorecidos. Lo decía el lunes el presidente Hollande: son los países menos desarrollados los que han acogido más rápidamente a los refugiados que huían de la guerra y de la tiranía en los distintos conflictos que —desgraciadamente— existen en muchos lugares de nuestro planeta.

Puesto que los países más desarrollados hemos sido los más lentos en nuestras reacciones, actuemos con determinación a la hora de emprender las reformas para garantizar que una atrocidad como la de Siria no vuelva a repetirse.

A los gobernantes nos corresponde llevar a cabo una política de anticipación. También en la esfera internacional: la mejor política a favor de la paz es la prevención del conflicto. Por eso, Andorra aplaude el acuerdo al que han llegado recientemente los Estados Unidos de América e Irán sobre la cuestión nuclear. Un acuerdo que demuestra que —por más alejadas que puedan estar las posiciones— siempre hay margen para la cooperación y la concordia.

Señor Presidente,

Ser un estado de reducidas dimensiones territoriales no es para nada incompatible con la lucha contra las atrocidades de guerra. En este sentido, Andorra aceptó las Enmiendas de Kampala, un texto que define el crimen de agresión y que establece las condiciones para el ejercicio de la jurisdicción de la Corte Penal Internacional sobre este crimen, con el objetivo que éstos no queden impunes.

Hace unos años, en esta misma asamblea y hablando de los conflictos de Libia y de Siria, se reflexionaba sobre si era mejor la efectividad o la justicia a la hora de resolver un conflicto. Es un debate abierto, pero creo que la evolución de los hechos nos demuestra que es un

debate falso: hay que ser, a la vez, efectivos y justos. Porque la justicia sin efectividad es solo una palabra bonita, y la efectividad sin justicia acaba por no ser efectiva. Lo dijo el papa Francisco, desde esta misma tribuna, el día 25 del mes pasado: la justicia es «una voluntad efectiva práctica, constante, de pasos concretos y medidas inmediatas».

No hay solución perdurable sin justicia. Por eso los regímenes y los tiranos que perpetran las masacres y vulneran reiteradamente los derechos humanos no pueden ser parte de la solución, porque son parte del problema. Y las víctimas de los conflictos no pueden vivir con la certeza de no haber sido suficientemente resarcidas por la comunidad internacional.

Señoras y señores,

La misión primordial de la Organización de las Naciones Unidas, en el momento de su fundación, era el fomento de la paz y la prevención de los conflictos. Pero pronto los propios fundadores se dieron cuenta de que la paz y la justicia no pueden desvincularse de la educación, las oportunidades, los derechos sociales y el uso racional y sostenible de los recursos naturales.

Por eso Andorra se ha comprometido en otras áreas como la educación y el desarrollo sostenible.

Nuestro país tiene una larga experiencia de acogida de inmigrantes y de gestión e integración de la diversidad. Prueba de ello es nuestro sistema educativo, que incluye los sistemas educativos francés, español y andorrano, y que ha dado como resultado una sociedad trilingüe y preparada para un mundo global.

Por eso nuestro país se implicó de forma decidida en la Iniciativa para la Educación Ante Todo (Global Education First Initiative – GEFI), promovida por el secretario general. Una iniciativa que aboga por la educación primaria universal, la calidad de la enseñanza y la promoción de la ciudadanía global.

Debemos tener siempre presentes los valores que forman parte de esta iniciativa.

Señoras y señores,

La necesidad de abordar los problemas desde una perspectiva global se hace más evidente que nunca en el ámbito del medio ambiente. Existen problemas que pueden intentar

solucionarse de forma unilateral. Y se obtendría una solución imperfecta y poco duradera, pero, aun así, se obtendría alguna clase de solución. La lucha contra el calentamiento global no es uno de estos problemas. La solución será global o no lo será.

Eso es por lo que no podemos perder de vista la noción de ciudadanía global, de pueblo global, que el lunes pasado evocaba la presidenta Dilma Rousseff, en su parlamento de apertura de esta asamblea.

Quizá los pequeños países, como el nuestro, entienden mejor esta noción de pueblo global. Porque Andorra es un país y, a la vez, un pueblo. Y porque, quién mejor que nosotros para poner en práctica aquella máxima que dice que hay que pensar globalmente y actuar localmente.

Cuando uno es pequeño, es evidente que necesita su entorno y el concurso de los demás para revertir la situación y solucionar los problemas.

En Andorra, los efectos del calentamiento global nos conciernen y afectan de un modo muy especial. La temperatura media en los Pirineos aumenta a un ritmo de 0,2 grados centígrados cada década y las precipitaciones se reducen en 2 litros por metro cuadrado cada año. Los cálculos de los expertos auguran una reducción del 18 % de nuestros recursos hídricos de hoy al año 2050. Estas evidencias son especialmente preocupantes para un país que vive fundamentalmente del turismo de nieve y de montaña.

Los grandes acuerdos sobre el cambio climático deben integrarse en las políticas nacionales de cada país. Andorra hace tiempo que trabaja en este sentido, y en los últimos años hemos visto cómo mejoraban todos los indicadores medioambientales. Pero también sabemos que el alcance de las políticas nacionales es reducido. Especialmente reducido en un país como el nuestro. Necesitamos soluciones globales aplicadas localmente.

Por eso Andorra ha sido uno de los primeros países en hacer efectiva su contribución nacional a la Conferencia de los Estados parte en el Convenio marco de las Naciones Unidas sobre el cambio climático (la COP-21) que se celebrará en diciembre en París.

Andorra se ha comprometido a reducir sus emisiones de CO<sub>2</sub> y otros gases de efecto invernadero en un 37 % hasta el año 2030. Esta medida inscribe nuestro país en el compromiso global de conseguir que el aumento de la temperatura mundial sea inferior a 2 grados.

Los andorranos hacemos nuestro el llamamiento del presidente Hollande para que los países que aún no han presentado su contribución lo hagan desde ahora hasta diciembre.

En esta Conferencia, tenemos que dotar a la comunidad internacional de las herramientas necesarias para poder afrontar los grandes retos de futuro en lo que a medio ambiente se refiere. De la Conferencia de París tiene que salir un giro en las políticas energéticas y medioambientales de cada país.

A veces, da la impresión de que en la comunidad internacional hay poca sensibilidad a los problemas nacionales y que a las políticas nacionales les falta visión global.

Como decía nuestro copríncipe y presidente de la República Francesa: si en París dejamos las soluciones para más tarde, habremos llegado tarde definitivamente.

Los ciudadanos nos interpelan; las naciones aquí representadas no podemos permitir que en París no haya un acuerdo efectivo.

Señor Presidente,

Señoras y señores,

Hace 70 años, el mundo dejaba atrás medio siglo marcado por dos guerras mundiales. Era un mundo hecho de delicados equilibrios. Este no es el momento de los equilibrios, sino de los compromisos firmes. Es el momento de hacer más políticas entre las naciones y dejar atrás la desunión en la toma de decisiones.

Desde hace siete décadas, las Naciones Unidas han sido las garantes de la paz, de los derechos humanos, de la justicia y del desarrollo sostenible. Cada país, cada gobernante, en el momento de tomar una determinada decisión, sabe que la comunidad internacional lo observa, que el mundo lo observa.

Nosotros, representantes de la comunidad internacional, también debemos tener claro que el mundo nos observa. Y que nuestras decisiones serán juzgadas por las futuras generaciones. Es a estas futuras generaciones a las que debemos legar un mundo más pacífico, más justo, más próspero y más sostenible.

Durante 70 años, han subido a esta tribuna jefes de Estado, primeros ministros, ministros y todos lo han hecho para hablar de paz, de promoción de los derechos humanos y de



justicia. Llegará el día en que no será necesario defender estos valores con tanta vehemencia, porque habremos conseguido hacerlos realidad.

Muchas gracias.